

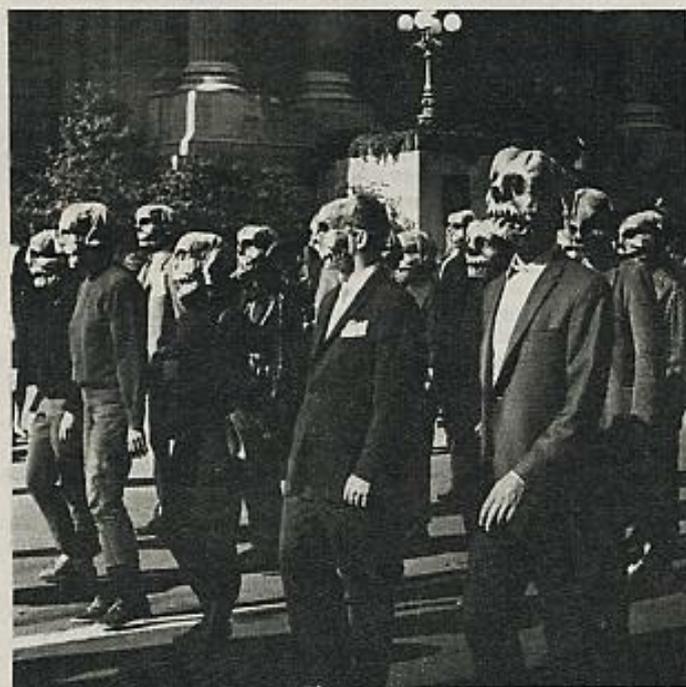
ESTADOS UNIDOS: RENACIMIENTO IMPERIAL

EN los primeros meses de este año, o ya en los últimos del anterior, los Estados Unidos han comenzado a presentar un nuevo rostro económico y político. Muy sólido en lo económico; por consecuencia, muy arrogante en lo político. O, más claramente, en la política internacional, que en los Estados Unidos forma parte de la política interior, dada su estructura y su condición de país imperial. En un momento como éste, en el que los países capitalistas europeos pasan por difíciles trances económicos y sociales y sus monedas se devalúan, los Estados Unidos ofrecen una economía floreciente. Si contrasta con su entorno internacional, contrasta también con su Historia reciente: hace unos años, la guerra de Indochina y el independentismo de Europa, las tendencias de los países del Tercer Mundo a reevaluar sus materias primas y su mano de obra, las crisis interiores producidas por la negativa moral de la población a participar en las guerras coloniales y por la corrupción en el poder, daban la sensación de un "fin de Imperio". Los aficionados a paralelos y comparaciones históricas identificaban la situación de los Estados Unidos con la del Imperio romano, y hasta se reproducían párrafos del famoso "Decline and fall", de Gibbon. Ahora, todo ha cambiado. Y el Presidente Ford anuncia que no está dispuesto a continuar hablando de "coexistencia", ni siquiera de "détente", y amenaza a los países europeos que den paso a las tendencias comunistas. Puede hacerlo, tiene la fuerza necesaria.

VISTO el tema un poco por encima, podemos señalar algunos cambios notables. El subcontinente latinoamericano ha dejado de hacer resistencia visible a los Estados Unidos, salvo la excepción de Cuba. Las guerrillas, que hace años estaban determinando una nueva política de anti-imperialismo, han sido acalladas, la resistencia democrática por vía legal aplastada en Chile, y, por lo tanto, anulado el camino que emprendían otros. Se multiplican los regímenes de fuerza, las dictaduras, y éstas actúan en favor de los Estados Unidos. En Africa, a pesar de la mella de Angola, cuyo destino no está todavía decidido, la influencia de los Estados Unidos, ayudada en muchos casos por China —en el afán chino de cortar el juego de la URSS, sobre la que han enfocado desde hace años todas sus angustias y sus preocupaciones—, es grande sobre muchos países. El Oriente árabe ha cambiado totalmente de orientación: salvo Libia, Siria y los palestinos sin tierra, los nuevos o los antiguos regímenes se inclinan de parte de los Estados Unidos, que controlan las bases esenciales del conflicto con Israel (el cual no ha terminado porque los Estados árabes temen a sus pueblos). Incluso en Asia, y también a través de China, los Estados Unidos están recuperando el dominio perdido por la guerra de Indochina.

ESTE nuevo esfuerzo imperial está consiguiendo su propósito: llevar a Estados Unidos los beneficios del trabajo y de la producción en el mundo, a costa incluso de sus aliados. El alza desmesurada del petróleo, esgrimida en principio como una operación político-económica de respuesta anti-

imperial, ha beneficiado a las compañías de los Estados Unidos; la nueva redistribución de riqueza que ha supuesto la revolución de la energía ha llevado más y más dinero a Wall Street. Automáticamente, los países europeos, con una organización capitalista y consumista tal que impedía —impide— que la repercusión de los nuevos precios sea absorbida por un sistema socialista, se ha hecho más dependiente de los Estados Unidos, de sus ayudas y de su expansión de capital. Como en los buenos tiempos, las grandes empresas de los Estados Unidos vuelven a su expansión sobre los cinco continentes, sus inversiones vuelven a ser rentables y el fantasma de las nacionalizaciones casi ha desaparecido.



Acabado el conflicto de Vietnam, los movimientos estudiantiles y pacifistas fueron perdiendo fuerza. En la fotografía, una de las múltiples manifestaciones de protesta contra la guerra organizadas en Washington durante los sesenta.

PODRIA contarse incluso como un éxito de los Estados Unidos la separación creciente de los partidos comunistas de Occidente con respecto a la URSS. Efectivamente, el único enemigo real de los Estados Unidos es por ahora la Unión Soviética. Tampoco ella ha sido alcanzada por la crisis económica mundial, porque su economía no es capitalista y su modo internacional no trabaja sobre los países del Tercer Mundo. Pero es indudable que se va encontrando más aislada que antes. Algunos éxitos temporales, como el de Angola, permiten sobre todo a los "halcones" de los Estados Unidos una operación de propaganda, insistentemente llevada: la de que la URSS se está beneficiando de la coexistencia, la de



Ford ha asumido de nuevo su papel de guerrero frío, después del intervalo de neutralidad aparente con el que apareció en la Casa Blanca. Con ello no hace sino adaptarse a la opinión pública, que se ha vuelto conservadora.

que su expansionismo no cesa. Incluso la nueva fuerza de los partidos comunistas en Europa sirve para clamar de nuevo por la "guerra fría". Estos gritos han dado resultado. El presupuesto militar para este ejercicio es un record en los Estados Unidos —y, claro, en el mundo—: alcanza los 100.000 millones de dólares. Sus armas cubren el mundo.

CASI simultáneamente, la izquierda ha comenzado a desaparecer o a hacerse inactiva en los Estados Unidos. La izquierda se rebeló y se hizo visible cuando el país comenzaba a perder su capacidad imperial. Revestido de un carácter moralista —la lucha contra una guerra injusta—, se alzó un gran movimiento, que incluía a los estudiantes, los intelectuales, los negros, todo el "lumpen proletariat". Nunca llegó a controlar el poder ni las elecciones. El sistema fue siempre más fuerte, y la Guardia Nacional, los gobernadores y los Tribunales de justicia no fueron leves. La nueva izquierda, en realidad, estaba rehuendo el peso, que caía sobre los más débiles, por el mantenimiento de una expansión que costaba más cara de lo que rentaba, con esta condición que se ha dado siempre sobre todo país colonialista: el reparto de los gastos recaía sobre el pueblo —y los de la participación activa en los frentes—; los beneficios, sobre las grandes empresas. Pero ahora los frutos imperiales vuelven a ceder una parte a la mayoría de la nación. La nueva prosperidad, la nueva fuerza de la moneda, contrastando con las angustias del capitalismo europeo, se están haciendo notar. Los movimientos estudiantiles y pacifistas se han atenuado mucho, la resistencia negra ha perdido fuerza. Los sindicatos cumplen su papel de siempre —en los Estados Unidos—, de servidores del capitalismo. La opinión pública se va haciendo conservadora: que todo siga igual que ahora. Es el triunfo de la derecha.

ESTA parece ser la clave de la situación actual, interior y exterior. En el interior, la campaña electoral, las preelecciones, van dando más éxitos de los candidatos derechistas. Ford ha asumido de nuevo su papel de guerrero frío después del intervalo de neutralidad aparente y de equilibrio de fuer-

zas con el que apareció en la Casa Blanca en las raras circunstancias que hicieron de este olvidado Partido Republicano un Presidente; ya no hay máscara, y es el de siempre. Puede ahora profetizarse que en noviembre va a ser reelegido —esto es, elegido por primera vez, porque su nombramiento se hizo por el juego de un mecanismo constitucional— Presidente de los Estados Unidos. Aparece como el hombre que puede contener a la URSS en su supuesta expansión y como el que puede paralizar la tendencia europea hacia la izquierda con inclusión de los comunistas. Y la nueva riqueza de los Estados Unidos vuelve a ver en el comunismo internacional su mayor enemigo.

NO hay que pensar por ahora en la posibilidad de una guerra entre los Estados Unidos y la URSS, aunque estemos más cerca de ella que hace un par de años y aunque el Ejército americano haya ocupado nuevas e importantes posiciones en el mundo. La URSS es todavía demasiado fuerte para ello. Sin embargo, la URSS está reflejando lo que pasa en los Estados Unidos: se siente en posición de defensa, y, por lo tanto, cierra sus filas, disminuye la débil tendencia a la liberalización que fue apareciendo a lo largo de la "coexistencia", recupera toda su ortodoxia propia. Se prepara para esta nueva "guerra fría" que está muy avanzada ya.

EN lo que sí hay que pensar es que, finalmente, ciertos datos de la coexistencia van a imponerse, y que el entendimiento global entre los dos países más fuertes del mundo tendrá que hacerse imprescindible. Hay que pensar, por tanto, en algo que se veía ya en la primera etapa de la coexistencia: en un reparto de zonas de influencia, en un equilibrio de poderes a escala mundial. En la "colusión", quizá, que han denunciado tantas veces los chinos, que, por cierto, han contribuido tanto a ella sin quererlo, como reflejo de su propio miedo. Los habitantes del mundo entero estarán, o lo están ya, sometidos a una u otra potencia, trabajando para ellas, produciendo para ellas. Es un destino inmediato. ■